



# LO APOLÍNEO Y LO DIONISIÁCO

*Por Norma Novoa*

*Invoco al rugiente Dionisos, primogénito, coronado de hiedra, con cara de toro, profético, venerable, que lleva uvas, que tienes una vestidura de follaje; lleno de sabiduría, Dios inmortal nacido de inefables lechos. Oye mi voz, ¡oh Bienaventurado! Y senos favorables*

*Extracto de Himno Órfico*

*¡Oh Apolo!, ¿Cómo te celebraré a ti, que eres digno de ser celebrado por todos los conceptos? Por ti pues, ¡oh Febo!, en todas partes han sido fijadas las leyes del canto, así en el continente, criador de terneras, como en las islas... ¡Salve, hijo de Zeus y de Leto... yo me acordaré de ti y de otro canto!*

*Extracto de Himno Homérico*

**U**na de las características más destacadas de este mundo ilusorio es presentarnos a la vida como un acto “problemático e imprevisible” sin que por ello, este mundo, nos quite

las ganas de vivir. El alma se da perfecta cuenta de los sinsabores que presenta la vida, pero también de su alegría y de su gozo, de modo que el sentimiento que impera siempre es que la vida, pese a todo, es algo que vale la pena. A partir de este concepto complejo, se comienzan a barajar, sobre todo entre los filósofos alemanes modernos, la distinción de dos principios fundamentales, *lo apolíneo y lo dionisiaco*.

Generalmente se utiliza el término Dionisiaco como la capacidad de dejarse llevar por el instinto y gozar de todo lo terrible de la existencia. Lo dionisiaco es lo vital, lo irracional, lo desmesurado, lo cruel y lo imperfecto. Frente a esto, presentamos también lo Apolíneo como lo racional, lo medido, lo reflexivo, lo formal y lo perfecto.

Pues bien; el verdadero *arte de vivir* surge cuando se encuentran ambos órdenes, es decir, cuando se le impone medida a lo desmesurado. Los dos dioses griegos, Apolo y Dioniso, unidos fundamentan el ideal de vida. El primero representa la serenidad, claridad, la medida y el buen pensar, Dioniso, sin embargo, es lo impulsivo, lo excesivo, lo desbordante, la afirmación de la vida, el sensualismo y el desenfreno como culminación de este afán de vivir, es decirle SÍ a la vida a pesar de todos sus dolores.

La filosofía occidental antigua, encabezada por Platón y Aristóteles ofrece una visión del mundo apolínea. Los ideales

representados por Apolo, para Platón, expresan la idea de lo **Uno** que será sustituida luego en el cristianismo por la idea de **Dios**. En cambio, los filósofos modernos, alejados un tanto del cristianismo, ofrecen una visión más dionisiaca: sostienen que esta vida que se afirma, que pide siempre ser más, que pide eternidad en el placer, volverá una vez y otra. Este aspecto temporal de la vida, tan exitoso entre los filósofos alemanes, es el eterno retorno de las cosas que ya se encontraba en las enseñanzas de Heráclito, simbolizado aquí por el eterno retorno de Dioniso: cuando están realizadas todas las combinaciones posibles de los elementos del mundo (siguiendo la idea de Heráclito), entonces volverá a empezar el ciclo y así indefinidamente. Todo lo que sucede en el mundo se repetirá igualmente una y otra vez.

Es así como se llega a afirmar que Apolo y Dioniso son las dos fuerzas, principales insignias de la vida universal. Apolo y Dioniso son intuición, percepción como estado permanente de generación y creación. No idea o principio ya consumado y reiterado, en un determinado tiempo, de lo mismo.

La fuerza apolínea es arte y poesía figurativos, es decir Apolo crea el mundo de las bellas figuras (tanto en la naturaleza como en el arte) que se aparecen ante el ojo parpadeante del mortal. Pero la naturaleza tejida por las bellas formas es sólo la superficie de lo real. Cuando el ojo agudo penetra las figuras,

podemos presentir que por debajo de esta realidad en que nosotros vivimos y somos, se oculta una realidad distinta, profunda, que vive por debajo de las formas. Es la parte dionisiaca, el fondo de las cosas. Dioniso es un artista esencial del mundo. Es raíz y fuente, el origen de la totalidad. Desde su fondo surgen las propias formas del reino visible de Apolo. Al oculto dionisiaco se accede disolviendo la mesurada limitación, el sabio sosiego del dios-poeta apolíneo.

La llave que abre la forma cerrada de Apolo es el éxtasis, el quiebre del yo. Para comprender esto que decimos, debemos comenzar hablando de Dioniso. Lo muestran como el que llega, el dios de la epifanía, cuya aparición es mucho más imperiosa y subyugadora que la de cualquier otro dios. Él es un dios complejo, ambiguo y muy viajero que, en varios de sus relatos, muere con violencia y resucita. Por eso tiene el apodo de *Ditirambo* (“el que pasa dos veces por la misma puerta”), y *ditirámicos* se llamaron los poemas recitados y cantados en su honor. Dioniso, “el que nos dio el vino”, descubrió la planta de la vid y de ésta extrajo el vino al prensar racimos de uvas. El dios del vino se rodeaba de las *Ménades*, coros de mujeres que danzaban de noche, bajo el éxtasis provocado por el mismo Dioniso, en las altas montañas.

Los seguidores del Dios del vino y la hiedra se reunían en coros. Cantaban y en su voz se inflamaba la lírica de los diti-

rambos. Los cuerpos danzaban. La música exhalaba su hechizo. Y en la cresta más alta de la devoción coral, se desintegraban las piedras del ego. El hombre ya no era un sujeto pequeño, una conciencia separada de los muchos caminos. El yo pequeño se olvidaba de sí mismo en el vendaval sonoro. Entonces, el éxtasis delicioso asciende desde el fondo más íntimo del ser humano, y aun de la misma naturaleza. Afloraba así la esencia de lo dionisiaco, a lo cual la analogía de la embriaguez es la que más lo aproxima a nosotros. El sujeto, olvidado de sí mismo, se fundía con la amplitud divina. El hombre, bendecido por ese éxtasis, abandonaba su aliento mortal. Devenía cielo, como si de una estrella fugaz se tratase. De sujeto encerrado en lo humano, a sujeto que experimentaba lo divino. Metamorfosis que se transfería también a la materia. La materia, antes repetida sombra de sí misma, era ahora torrente constante de trasmutaciones. Naturaleza que trascendía las leyes de lo repetido y se desplazaba en un río continuo de nuevas figuras.

Para los antiguos griegos, lo dionisiaco era arrobamiento, comunicación con las profundidades, con la gran fuente de lo vivo. Y detrás de las muchas formas del universo visible, detrás el yo pequeño y las diversas figuras bellas de Apolo, relumbra el único ser: Dioniso. El dios que porta las muchas máscaras. La razón única y esencial de la idealidad, tan frecuentemente admirada, de aquellas famosas figuras coloridas, mascarillas

colgadas en postes de higueras, es que detrás de todas esas mascararas se esconde una divinidad: Dioniso, él se encontraba tras todas las mascararas. Tras toda pluralidad. Por eso, el dios caía “preso en la red de la voluntad individual” de cada uno de sus devotos.

En sus epifanías más memorables, es por partes iguales el extraño y el extranjero. Es el extranjero portador de extrañeza como muchos expresan. Pero una extrañeza que se difunde por las vías del desconocimiento o más bien del no reconocimiento. Sin embargo lo conocemos, sobre todo, como el inventor del vino, pero su significado es más extenso y complejo. Se le atribuye la capacidad de producir locura, de un estado de delirio inducido a sus seguidores por medio de la danza frenética y la ingestión del vino. Él aparece con ciertos rasgos peculiares que lo diferencian de los dioses olímpicos, cabalmente del resto de las divinidades. Sin embargo, a pesar de ser un dios extranjero, su culto se extiende por toda Grecia, llegando a tener tanta o más importancia que los mismos dioses olímpicos. No considerado por muchos está ausente de la epopeya, no es antepasado de ninguna familia noble, ni desempeña papel alguno en la fundación de ciudades. Pero su antigüedad es incontestable. Es posible que en su origen fuera un dios de la vegetación y del principio húmedo indispensable para la subsistencia y renovación, un dios de la duplicidad, como lo expresa con tanta belle-

za y veracidad el mito de su nacimiento. Y como dios entraña todo un mundo, cuyo espíritu retorna en formas siempre nuevas, ligando lo excelso con lo insignificante, lo humano con lo animal, lo vegetal con los elementos, en una unidad, precisa, eterna.

Pero esta duplicidad y sobre todo su proximidad con la muerte (no olvidemos que muere y resucita), lo ubica muy lejos de los reinos en los que habitan los dioses olímpicos, pues ellos elevan sus tronos en las claras cimas. De nada sirve buscar a Dioniso allí donde sólo ellos reinan. Pero los dioses olímpicos jamás condenan a los seres terrenales, sino que siempre reconocen y premian su dignidad. Por este motivo, es Apolo délfico quien interpreta las iniciativas más contundentes de vivificación de los cultos dionisiacos. E incluso cabe decir que Dioniso moraba en Delfos con Apolo, y podría parecer que no sólo asumiría los mismos derechos, sino que regiría por derecho propio la sagrada sede.

Apolo compartía con Dioniso el año festivo délfico: durante los meses de invierno se entonaba el ditirambo dionisiaco en lugar del peán (himnos dedicados a Apolo). Dioniso también recibía honores en Delfos. Los frentes del templo de Apolo representaban en uno de sus lados a Apolo junto a su madre, Artemis y las Musas, y en otro a Dioniso con las Tíades (devotas).

Existen autores que suponen que Apolo habría deseado o buscado esta unión, quizá por una necesidad íntima de añadir algo a su propiocírculo mediante la vecindad del otro *iprecisamente ese otro!*, y mostrarle al mundo que sólo los dos juntos encarnan la verdad completa. Si queremos ir más allá de estas hipótesis simples, hemos de reparar forzosamente en el sentido que tiene una comunión entre Apolo y un dios del porte de Dioniso. En Apolo se reúne todo el resplandor de lo olímpico, frente a los reinos del eterno transmutarse y perecer. *Apolo y Dioniso*, el símbolo de la total pureza junto al ebrio conductor del séquito que anida en las profundidades de la tierra; tal sería el ámbito del mundo. Es así como la duplicidad dionisiaca de lo terrenal se acoge a una nueva duplicidad, mucho más alta: enmarcada en el eterno contraste entre la vida que gira, interminable, y el espíritu sereno que contempla desde la lejanía. Esto es lo que expresaría una unión de Apolo con Dioniso, lo Apolíneo y lo Dionisiaco,

Y por qué no creer que Apolo y Dioniso se hayan atraído y buscado, que tal vez Apolo provocó ese estrecho vínculo con su misterioso hermano, si observamos bien, sus reinos se hayan unidos por un lazo eterno a pesar de su aparente contraste. Muchos utilizan los adjetivos “*apolíneo*” y “*dionisiaco*” para afirmar una u otra postura ante la vida. Pero en realidad, estas dos cualidades divinas, ciertamente son complementarias. Por



algo Apolo en invierno se marcha a lugares donde el sol brilla más fuerte, dejando el oráculo a cargo, nada menos que del dios opuesto a él: Dioniso.

Apolo, es el punto medio, la proporción y la ponderación de la virtud, el ideal de la moderación y la justa medida. Ciertamente las dos condiciones necesarias para la vida son medirse prudentemente y gozar convenientemente. La cuestión está en saber cuándo es el turno de una y cuándo el de la otra. Es aquí donde aparece Dioniso, dios de la embriaguez divina y del amor más encendido, juntos representan del misterio de la vida y de la muerte, la disociación entre cuerpo y alma. Lo Apolíneo y lo Dionisiaco unidos forman el verdadero arte de vivir bien la vida.

*Por la Prof. Norma Novoa  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---